



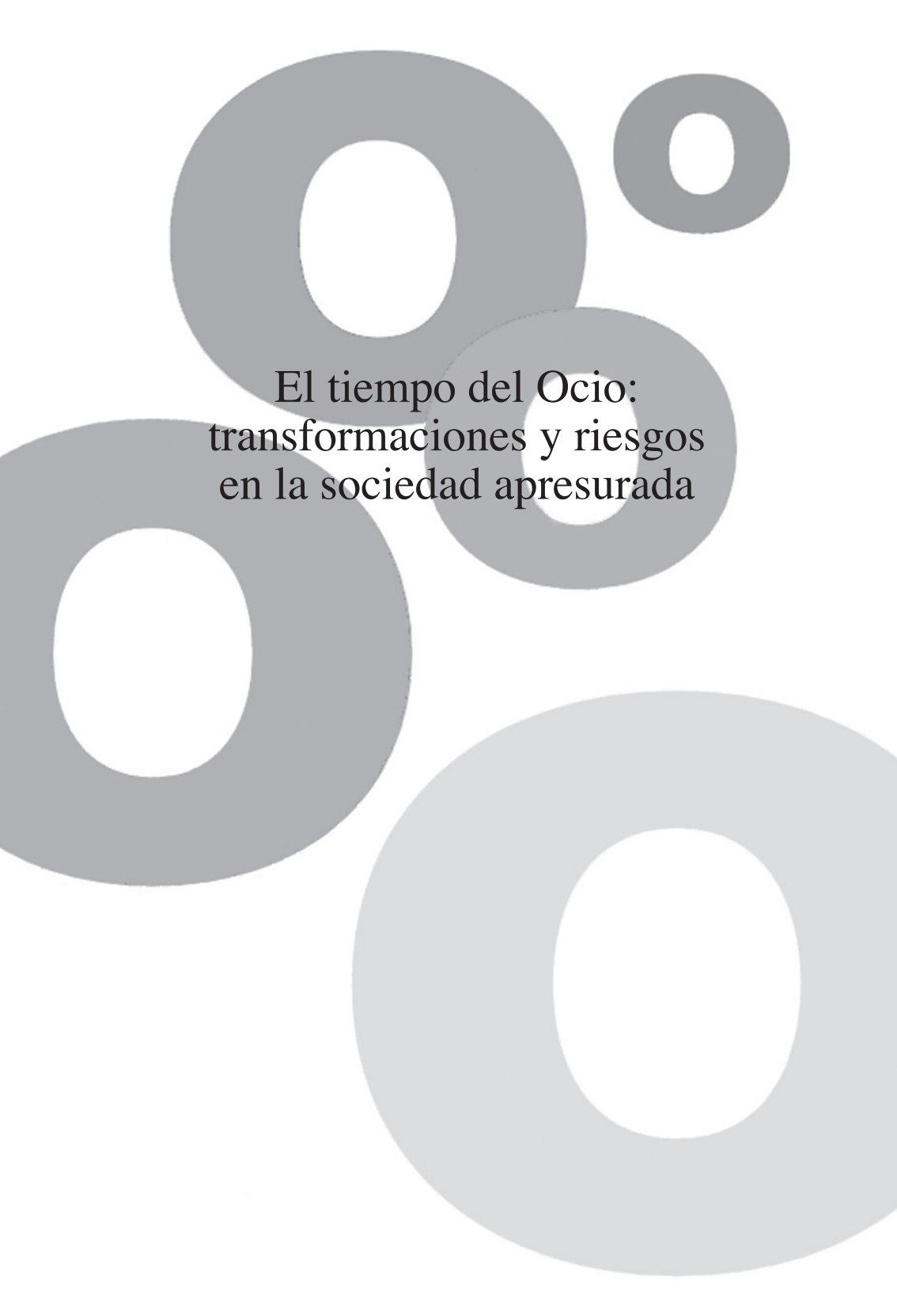
Estudios de Ocio
Aisiazko Ikaskuntzak
Deusto

El tiempo del Ocio: transformaciones y riesgos en la sociedad apresurada

Manuel Cuenca Cabeza
Eduardo Aguilar Gutiérrez (eds.)

Documentos
de Estudios de Ocio
núm. 36



The background features several large, thick, gray rings of varying sizes and orientations, some overlapping, creating a minimalist, abstract design. The rings are centered around the text, with one large ring at the top left, a smaller one at the top right, another large one on the left side, and a very large one at the bottom right.

El tiempo del Ocio: transformaciones y riesgos en la sociedad apresurada

Manuel Cuenca Cabeza y Eduardo Aguilar Gutiérrez (eds.)

El tiempo del Ocio: transformaciones y riesgos en la sociedad apresurada

2009
Universidad de Deusto
Bilbao

Documentos de Estudios de Ocio, núm. 36

El Instituto de Estudios de Ocio pretende que la aparición de sus *Documentos* ayude a paliar la escasez de publicaciones sobre temas de ocio en lengua castellana. Cada Documento trata de responder a alguna cuestión relacionada con la práctica del ocio, entendido como cultura, deporte, educación, turismo, recreación y desarrollo personal y comunitario. Los especialistas y técnicos en las áreas señaladas podrán disponer así de investigaciones, instrumentos de trabajo y puntos de vista de personas que colaboran con este Instituto universitario. El contenido de cada uno de los documentos es obra y responsabilidad de su/s autor/es.

La publicación de este libro es posible gracias al patrocinio del Grupo Santander a través de la financiación de la Cátedra Ocio y Conocimiento.

Dirección

Manuel Cuenca Cabeza

Comité Editorial

Américo Nunes Peres, Universidade de Trás-os-Montes e Alto Douro (Portugal)

Ana Ponce de León Elizondo, Universidad de La Rioja

Estanislao Arroyabe, Universidad de Innsbruck (Austria)

José Antonio Caride Gómez, Universidad de Santiago de Compostela

José Clerton de Oliveira Martins, Universidade do Fortaleza (Brasil)

M.^a Carmen Palmero, Universidad de Burgos

María Luisa Amigo Fernández de Arroyabe, Universidad de Deusto

María Luisa Setién Santamaría, Universidad de Deusto

Roberto San Salvador del Valle Doistua, Universidad de Deusto

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© Publicaciones de la Universidad de Deusto

Apartado 1 - 48080 Bilbao

e-mail: publicaciones@deusto.es

ISBN: 978-84-9830-463-3

La aceleración del tiempo y el fenómeno del ocio

Roberto San Salvador del Valle Doistua

Nuestro devenir es un buen ejemplo del proceso de aceleración que sufre nuestra existencia cotidiana. Desde las primeras hasta las últimas horas del día vivimos en una sucesión interminable de vivencias que se acumulan sobre un tiempo que ni se estira ni se encoge, manteniéndose impertérrito en 86.400 segundos a nuestra disposición. El tiempo se muestra limitado y en cantidad constante, invariable.

Sin embargo, nuestra percepción del tiempo es muy distinta según el momento del día, de la semana o del año. No es lo mismo un segundo matinal que otro nocturno. Las mañanas son momentos de reinicio, todo lo pendiente parece ejecutable en una larguísimo día por completar. Por el contrario, un segundo alojado en las horas postreras es una invitación a la recapitulación, al recuento de lo vivido y de lo hecho. Pero, sabemos que todo esto se vincula en gran medida a la organización personal de nuestro propio tiempo. Lo dicho opera de modo distinto entre un jubilado, un alpinista, un bebé o un enfermero con turno de noche. La complicidad con los segundos es distinta según el gesto de las agujas del reloj.

De igual manera, la ubicación en el semanario otorga un valor cualitativamente distinto a la misma cantidad de tiempo. No cunde del mismo modo el tiempo un lunes que un sábado. Los lunes arrancan con la pesadumbre de las conquistas que quedaron pendientes para otro fin de semana y la recuperada agenda para una nueva semana. Los viernes, algunos jóvenes ciudadanos desde las postrimerías del jueves, apuntan a una nueva oportunidad para los sueños incompletos y los deseos inconclusos.

El domingo, sobre todo a la tarde, recupera nuevamente un tono plomizo camino del nuevo ciclo semanal. Pero, ¿cómo se aplica lo dicho a quien trabaja los fines de semana, acumulando horas de libre albedrío entresemana?

No tiene el mismo significado un minuto de enero que el mismo minuto de agosto. Los días cortos, cortejados por temperaturas más bajas y climatología adversa, hacen que los minutos se prolonguen o que los días se acorten. Mientras las prolongadas jornadas estivales se eternizan generando minutos que se disuelven entre los dedos del disfrute y del gozo. Todo ello, si uno los disfruta en el hemisferio norte y si no ha optado por hacer del invierno su época de descanso y disfrute.

Y varía conforme nuestra edad. Un minuto cambia para una persona de catorce años o de ochenta. Los adolescentes apuran los minutos como si fueran a evaporarse antes de ser vividos, con la ansiedad propia de quien se bebe la vida a tragos. Mientras, en la vejez, las personas se toman minutos y segundos como largas horas por sorber. Niños corriendo cuando no debieran tener prisa. Adultos que quisieran ir más despacio si les dejaran. Mayores que no pueden correr aún sintiendo que el límite del tiempo les acecha.

No vivimos igual hombres y mujeres ni un solo minuto de nuestra vida. La igualdad va llegando a los distintos órdenes de la vida, pero el tiempo se resiste a reflejarlo. Las dobles agendas, fuera y dentro del hogar, presionan sobre la mayoría de las mujeres haciendo que los minutos, que cada segundo, se conviertan en demostraciones de alto índice de productividad.

El tiempo establece un diálogo diferente desde una silla de ruedas, desde el silencio o la oscuridad como compañeros de viaje. Se alarga, se hace eterno, inabarcable o tiende a hacerse breve, corto, finito.

No alcanza un mismo sentido el tiempo entre los más desfavorecidos y aquellos más pudientes. Aquella expresión de que el tiempo es oro alcanza su radical realismo al convertirse en un bien inalcanzable para los más menesterosos. Ciudadanos, los hay, que pueden derrochar el tiempo, mientras otros no llegan nunca a plantearse lo que les gustaría hacer con él al encontrarse con todo su tiempo tasado o en el paro.

Son 86.400 segundos vividos según el día, la semana, la estación, la edad, el género o la condición.

Es de mañana. Conducimos hacia el trabajo, envueltos en una clásica retención que puede terminar por alterar definitivamente la agenda del día. Escuchamos la radio, en la que entrevistan desde los estudios de la emisora próxima a un corresponsal en el hemisferio contrario que se dispone a dormir tras informarnos de las elecciones del país que le da cobijo. El móvil, manos libres, suena, la voz de un amigo distante un centenar de

kilómetros nos recuerda la cita de la tarde. De modo simultáneo, un mensaje nos deja un número al que llamar suponemos con premura.

Son las tres de la tarde, podemos estar degustando la comida, mientras recibimos mensajes, opiniones, comentarios de las personas, compañeros de trabajo, amigos o familiares, con los que compartimos mesa. Mientras tanto, una radio encendida o la televisión de ambiente nos bombardea con una reahíla de acontecimientos y sucesos acaecidos a lo largo de la mañana.

Son las ocho de la tarde, estamos preparando la cena, junto a una radio que repasa lo acontecido a lo largo del día. El periódico abierto por las páginas finales nos recuerda el partido de baloncesto del fin de semana y próximos compromisos. Un hijo nos habla de los importantes acontecimientos acaecidos en el patio de la escuela. En el fondo de la escena nuestra mente repasa las tareas pendientes para mañana. Y de repente un pensamiento angustioso nos invade: ¿habremos echado sal a la ensalada?

Mente y alma abordan semejante saturación de impactos con una selectiva displicencia hacia algunos, una atención neutra hacia otros y una mayor implicación hacia los menos.

Nuestras agendas acumulan actividades imposibles de acometer en una única unidad de tiempo. Cumplimos con un porcentaje muy pequeño de los objetivos que se nos agolpan diariamente. Cada vez, en cada tiempo, tan sólo podemos estar en uno de los lugares desde los que nos reclaman.

Nuestras salidas de casa se producen en direcciones distintas, que obligan a la diversificación de medios de locomoción, en horarios tejidos por finos hilos en minutos o segundos. A partir de ahí, una red visible de transporte y otra invisible de teléfonos móviles y ordenadores con internet, nos unen por un permanente cordón umbilical. En nuestro centro educativo o de trabajo, accedemos a otras redes físicas y virtuales que nos conectan con otras muchas personas y con todas las anteriores. Nuestras llegadas a casa nos imbrican en una importante maraña de *gadgets* tecnológicos que nos vinculan al mediodía, a la tarde, a la noche o de madrugada a un extenso espacio próximo y a distancia.

Son muchos los tiempos obligados a ser vividos en uno sólo posible.

Esos 86.400 segundos van convirtiéndose en un ejercicio de malabares en los que intentamos dar respuesta a todas las demandas personales, familiares, comunitarias, sociales, educativas, laborales,... que se producen en nuestro entorno. Pero, de modo paralelo, un cúmulo interminable de demandas no tan próximas o lejanas nos interpelan: un accidente de avión en otro país, un partido de fútbol de gran repercusión mediática, el último episodio de la crisis económica, las obras puestas en marcha en el barrio, una matanza en el Congo, las primeras medidas de Obama,... Todo se acumula presionando sobre la misma unidad de tiempo.

Acumulamos datos. Muchos de ellos no llegaron a ser depositados en el almacén de nuestra experiencia. Algunos se alojarán de modo silencioso para aflorar meses o años después, unidos a otros contextos y situaciones. Otros pasarán a ser información. Unos pocos se procesarán como conocimiento. Y los menos integrarán nuestra experiencia de vida. Pero, todos ellos habrán sometido cada día, cada minuto, cada segundo, en una compleja elección sobre cual es cual.

Dejaremos pasar las decenas de cadáveres de muertos de un mercado iraquí. Nos implicaremos de modo cómplice en la descalificación de una persona pública por un hecho no contrastado. Tomaremos posición ante la decisión de las autoridades locales en torno a una infraestructura. Daremos respuesta monosilábica a la petición de una de nuestras hijas.

Todo ello aumentará la presurización del día a día. Todo en uno. Todo el mundo a la puerta de mi casa. Mi casa abierta al mundo. Un instante para absorber el mundo. Menos de un instante para ser conscientes del mundo. Todavía menos para ser ciudadanos en el mundo.

Evolución del paradigma científico-tecnológico

Al buscar los motivos, las razones que nos ayudan a entender esta situación tenemos que remontarnos a finales del siglo XVIII con la invención de la máquina de vapor (1764). Este hecho inició un largo proceso de modernización del transporte a partir de la aplicación de dicho elemento tractor al ferrocarril (1830), así como la aparición del automóvil (1886) o del avión (1903). Tres sistemas de transporte sobre los que evolucionará la tecnología, en un proceso de mejora de los tiempos de desplazamiento, capacidad de carga y seguridad. La velocidad en el desplazamiento había estado unida a lo largo de los tiempos a: la capacidad del propio ser humano (aproximadamente en torno a cuatro kilómetros por hora al andar); el apoyo de animales de transporte o de tiro; o la complicidad de fuentes naturales de fuerza e impulso, como el aire. Este avance mecánico, inicialmente soportado en la fuerza del vapor de agua y rápidamente vinculado a los motores alimentados por combustibles fósiles, supone un incremento sustancial de la velocidad de desplazamiento. Hasta llegar, en fechas recientes, a velocidades nunca soñadas hace tan sólo un siglo.

Por otro lado, en 1876, con la invención del teléfono, se extiende dicho proceso de modernización al mundo de las comunicaciones. A dicho invento se sumarán la radio (1901) y la televisión (1926). En 1971, el nacimiento del microchip supone un primer eslabón de una cadena ininterrumpida de avances tecnológicos: teléfono móvil (1979), *compact disc*

(1979), *world wide web* (1991), *global positioning system* (1993), *digital versatile disc* (1995), *wii* (2006), *blue-ray* (2007),...

Todo ello ha supuesto la transformación del mundo del transporte y de las comunicaciones, así como del hogar y la domótica. La evolución de la ciencia en estas aplicaciones tecnológicas tuvo como resultado, en primer lugar, el ahorro de tiempo por un mejor desempeño de las actividades de cálculo y almacenamiento de memoria con la consiguiente solución de problemas de modo más rápido, eficiente y preciso. Con el desarrollo de las aplicaciones multimedia, se implica un número creciente de sentidos, en el marco del tránsito de lo analógico a lo digital. La interacción, la simulación, la conectividad serán otros valores asociados a la evolución del paradigma científico-tecnológico.

La progresiva materialización del paradigma científico-tecnológico en el mundo del transporte, las comunicaciones y la domótica conllevan un aceleración constante del concepto tiempo. El tiempo pasa a ser inmediato. Y, como consecuencia, el espacio configurado pasa a ser continuo y global.

En la campaña publicitaria que acompañó a la puesta en marcha de la línea del tren de alta velocidad Madrid-Zaragoza-Barcelona, el eslogan utilizado decía: «*ya no importa la distancia entre dos puntos sino el tiempo que tardas en recorrerla*» y añadía «*5 metros, en 0,06 segundos*». Toda una explicitación de lo que los ciudadanos vivimos diariamente.

El desarrollo del paradigma científico-tecnológico ha ido dando respuestas al proyecto de un ser humano preocupado por recorrer mayores distancias en menor tiempo, en realizar un mayor cúmulo de tareas con un menor consumo de tiempo, hasta el punto en el que el espacio se supe- dita plenamente al tiempo. Pero, la liberación de tiempos por una mayor velocidad, eficiencia y precisión en la gestión de las tareas, del desplazamiento y la comunicación, no ha revertido en una mayor percepción de tiempo disponible. El tiempo rescatado de tareas básicas o reproductivas se ha ido invirtiendo en un desplazamiento por un hábitat personal más amplio espacialmente (trabajo-educación-ocio-consumo) y una obsesión por la conectividad permanente (a todas horas en cualquier lugar).

El ser humano vive supeditado al tiempo y a la permanente percepción de que se enfrenta a un bien limitado, 86.400 segundos diarios en los que dar respuesta a las cuestiones planteadas en la esfera personal y convivir con los retos globales hechos propios (cambio climático, iconosfera compartida, gobierno del mundo, crisis económicas, espectáculos de impacto mundial, grandes catástrofes, derechos humanos universales,...).

La aceleración del tiempo, incorporada a nuestro devenir cotidiano, es consecuencia lógica de los avances tecnológicos aplicados a lo largo de todo el proceso de industrialización, especialmente en las últimas dé-

cadras, en los que el fin primordial ha sido *ganar tiempo* en relación a los procesos de gestión de las tareas que le son propias al ser humano. Pero, el tiempo ganado no ha revertido en un tiempo para el deleite en la convivencia con los demás o con la naturaleza, sino que lo hemos reinvertido en un insaciable *a todas horas, de todo, todo, más lejos, más veces*.

Transformación del concepto tiempo

Se ha producido un largo proceso de cambio en la relación entre el hombre y la categoría tiempo: desde el tiempo universal al tiempo personal, pasando por el tiempo social. Se trata de una evolución marcada por la referida evolución del paradigma científico-tecnológico que, en primer lugar, provocó la artificial convención del tiempo social y, en segundo lugar, la personalización del tiempo.

Compartimos en gran medida la aseveración de que *«es imposible, probablemente, demostrar si es mayor el tiempo y la búsqueda de ocio en nuestra sociedad de lo que era en las sociedades antiguas»* (Ruiz Olabuenaga, 1995: 1886). Sin embargo, es patente que la definición social del mismo es distinta, configurada por la manera en que ha sido analizado y se recoge en el *continuum* de la memoria colectiva y de la experiencia personal. Ha evolucionado desde las formas más antiguas, condicionadas por el ciclo de las estaciones y las actividades de supervivencia, hasta la contemporánea complejidad y heterogeneidad. La realidad muestra *«el deslizamiento de los ritmos ecológicos, ligados a la naturaleza, hacia las cadencias sociales»* (Bailly y Beguin, 1992: 72). Los ciclos estacionales determinaban o, al menos, condicionaban la actividad social y económica hasta que con la industrialización se inicia un proceso de creciente autonomía. Los últimos doscientos años suponen la consecución de la mayoría de edad social respecto a los ciclos estacionales. La barrera entre el día y la noche se mantenía en los estrictos límites de aquel que todo lo ve y todo lo intuye. La progresiva invasión social de la noche ha sido posible gracias a los avances en la iluminación doméstica y de espacios públicos. Las diferencias de horarios, originados por las distintas longitudes terrestres, marcaban distancias insalvables entre puntos alejados. Con la revolución de los medios de transporte y comunicación, el ser humano recorre distancias física y virtualmente, saltando de huso en huso horario, con la celeridad que le reporta los avances tecnológicos.

Los ciclos económicos, que articulaban los tiempos de producción y consumo en un ritmo de cadencias repetitivas, se difuminan paulatinamente en soluciones horarias versátiles. Los horarios de la planta de producción, pequeño comercio, empresas de servicios, grandes superficies,

centros educativos, sucursales bancarias o instituciones públicas se amplían. El ciclo de trabajo organizado en torno a la jornada laboral y el cómputo anual de horas trabajadas, observa cómo se recorta por sus extremos, con el retraso en la incorporación y anticipación en la retirada, a la vez que se reordena y se redistribuye, multiplicando las combinaciones horarias resultantes. El ciclo vital se ve inmerso en una nueva consideración del concepto *edad* y *generación*. La percepción que el niño, el adulto o el anciano tienen de su propia existencia y del papel a desempeñar por los demás se ve alterada por infinidad de nuevos condicionantes. El ciclo social, asentado tradicionalmente en el seno de una comunidad, espacio y tiempo limitado, cambia de naturaleza según los nuevos parámetros temporales que: alteran la composición de nuestra realidad relacional, expanden nuestro espacio reconocible y multiplican las dimensiones de nuestro tiempo de relación. El ciclo familiar, sustentado en siglos de estable evolución, sufre transformaciones importantes, por efecto de la aceleración de los procesos vitales de sus miembros o por la modificación de las condiciones económicas, laborales y sociales de su entorno. El resultado es el incremento de las fracturas producidas en su constitución interna. El efecto de todas estas alteraciones sobre las permanencias de la estructura preindustrial y, sobre todo, en el eje temporal de la sociedad industrial, es de gran calado. La sociedad emergente gira en torno a la consideración del tiempo como un bien de gran valor, bien por la reducida disponibilidad del mismo, bien por la falta de calidad de aquel del que se sobredispone.

El fenómeno del ocio, en este contexto social, vive su naturaleza temporal desde los cambios producidos por los procesos en curso. Cada alteración en los ciclos que orientaban los tiempos universales, personales y sociales tiene inmediatas consecuencias en la formulación de las manifestaciones de ocio. La *secularización* del tiempo, con la superación de un calendario natural, complementado con otro de carácter litúrgico religioso, se manifiesta en: un ocio cada vez menos concentrado en vacaciones estivales, días festivos y fines de semana; los meses y los días en períodos vacacionales fraccionados; y un mayor uso de días libres discrecionalmente. La *desnaturalización* del tiempo, relacionada con su progresiva desvinculación de los ciclos estacionales, lleva implícito el desarrollo de prácticas de ocio menos condicionadas por el clima, la estación o el tiempo. La *selenización* del tiempo, con la invasión de la noche, tiene en el fenómeno del ocio un claro exponente, en torno a grupos de edad y actividades propias de la complicidad nocturna. La *globalización* del tiempo se potencia por medio de esos pasillos abiertos por una tupida red de líneas de transporte y de comunicación, por los que el ocio discurre en forma de actividad turística, internacionalización de la cultura o potencia-

ción del evento deportivo. La *versatilización* del tiempo, potenciada por la actual estructura económica, favorece una producción y consumo de ocio cambiante en su contenido y formas, de acuerdo a modas y gustos. La *flexibilización* del tiempo, vinculada a una vida profesional corta y nómada, junto a una menor rigidez de la jornada laboral, provoca un aumento del tiempo de ocio, junto a una inserción difusa del mismo en la esfera del mundo del trabajo. La personalización del tiempo conlleva una cada vez más individual e intransferible visión del ocio, no necesariamente partícipe de los modos y maneras de pensar de los que se me asemejan por edad biológica, con un claro efecto de *segmentación*. La *privatización* del tiempo arrastra el mundo de las relaciones sociales al terreno del ocio selectivo, en espacios y actividades restringidas, en las que nos encontramos con personas escogidas. La *aceleración* del tiempo, presente en todos y cada uno de los miembros de la sociedad, consecuencia del avance tecnológico y de la multiplicación de actividades y recursos disponibles, evoluciona hacia el ocio consumo, con una impenitente depredación de bienes, productos y servicios. Sin embargo, está generando igualmente un efecto contrario, con la revalorización de la contemplación y la inactividad. A este respecto, hemos de señalar la aparición de un fenómeno social de nuevo cuño que recibe el nombre de *downshifting*, traducible como *des-aceleración*. Es un movimiento en curso en algunos países occidentales, protagonizado por ciudadanos que prefieren anteponer la calidad de vida y el bienestar, asegurado por un nivel inferior de recursos, a la locura del modelo competitivo y estresante del modelo *yuppie*.

Del tiempo universal al tiempo social

En la pre-industrialización, el tiempo universal, establecido por los ciclos naturales y marcado por una continuidad invariable, condiciona la existencia de las sociedades. Es el tiempo establecido a partir de las estaciones, del día y de la noche. El tiempo universal está vinculado a las actividades primarias, condicionadas por el ciclo de la explotación agrícola y ganadera. La estacionalidad marca los ritmos de las comunidades, estableciendo la naturaleza de la actividad e inactividad. Las actividades de ocio son expresiones colectivas y públicas, no decisiones personales y privadas. No existe una división radical entre tiempo de trabajo y tiempo de ocio. Los días de descanso solapan las fiestas de culto religioso sobre el calendario natural (solsticios, cosechas, lluvias, etc.). A modo de ejemplo, en el Concilio de Calahorra de 1555, se establecían 45 fiestas *de guardar*, que junto a los 53 domingos, completaban casi cien días de calendario cíclico colectivo (Ruiz Olabuenaga, 1995: 1927).

En la industrialización, la actividad secundaria y terciaria separan el tiempo del calendario natural y se amparan en el tiempo convencional: del tiempo cíclico al longitudinal, del tiempo sacro al profano, del sol se pasa al reloj. Se produce una menor incidencia de las estaciones, ciclos y días/noches. El tiempo social, o convencional, corresponde al tiempo de la duración de las relaciones sociales y económicas, en el que se regula: el cómputo anual de horas de trabajo, la jornada laboral, los horarios comerciales y de servicios, los husos horarios, etc. El ocio comienza a verse como antagónico al trabajo, bien como tiempo de recuperación bien como tiempo de emancipación (*tiempo libre*). Se suceden las conquistas sociales frente al puritanismo radical inicial: jornada de ocho horas, descanso semanal y semana inglesa, vacaciones pagadas, jornada semanal de cuarenta horas, jubilación, etc. La evolución de la jornada laboral en el Estado Español avanza paralela a la tardía revolución industrial. Los primeros conflictos laborales, a mediados del siglo XIX, no se centran en la protesta contra las abusivas jornadas laborales sino contra el enemigo del empleo: la máquina. La primera ley de restricción de la jornada referida solamente a niños y jóvenes es de 1855. El proyecto de *ley Baena* de 1872, que no prosperó, señalaba como edad mínima para el trabajo los 11 años, aumentando a 15 años para el trabajo nocturno. Durante la I República se sitúa la edad mínima para trabajar a los 10 años, se prohíbe el trabajo nocturno de niños y adolescentes hasta los 15 años e, incluso, se presenta el primer proyecto de ley con una jornada laboral universal de 9 horas. Ya en la Restauración, el *Informe de la Comisión de Reformas Sociales*, fechado en 1884, arroja datos tremendos sobre el incumplimiento de la normativa anterior. El 1.º de Mayo de 1890 toma como bandera la jornada de 8 horas. La ley de 13 de marzo de 1900 confirma la edad mínima en los 10 años, prohíbe el trabajo nocturno de niños y adolescentes y establece jornadas máximas de 6 a 8 horas para ellos. La *Real Orden de 11 de marzo de 1902* instaura la jornada de 8 horas, aunque sólo para determinados empleados de la administración y se introduce el concepto *hora extra*. En 1903, se reduce la jornada de trabajo de la mina, según las actividades desarrolladas. En 1912, España se adhiere al *Convenio de Berna* que prohíbe el trabajo nocturno de mujeres. A partir de 1913, diversas regulaciones alcanzan a sectores cada vez más amplios, hasta que en 1919, el Conde de Romanones establece la jornada de 8 horas. En 1925, en el marco de la Dictadura de Primo de Rivera se establece el descanso dominical y, en 1926, se regula el trabajo domiciliario. Durante la II República la discusión se centra en la semana de 40 horas. Se aprueba la ley de 1 de julio de 1931 sobre la jornada máxima de trabajo (García Durán, 1969: 159).

El ocio *de entre semana* se completa con el ocio de fin de semana y el ocio vacacional de carácter anual, conquistas progresivas del movi-

miento obrero a lo largo del último siglo. El debate pasa, en último término, de la esfera del tiempo universal al tiempo social, del carácter cíclico de la vida a la idea longitudinal. Las conquistas sociales en torno a la reducción de la jornada, el aumento del tiempo de descanso semanal, la reducción del cómputo de horas anuales de trabajo y las vacaciones pagadas condicionan las políticas públicas. El ocio es, en este proceso hacia el tiempo social, refuerzo de las cotas alcanzadas y sirve de estímulo de nuevos progresos. Por un lado, se ve favorecido por un mayor número de horas disponibles y, por otro lado, anima a su continua expansión, diseñando escenarios para el uso y disfrute de los nuevos tiempos sociales. La democratización cultural, el desarrollismo turístico, el deporte para todos y la actividad al aire libre se convierten en las líneas maestras de un ocio menos colectivo y comunitario, en un marco de nuevas relaciones sociales y económicas.

Del tiempo social al tiempo personal

En la nueva sociedad emergente, el tiempo social bascula hacia un tiempo personal. El afianzamiento de nuevas formas de trabajo refuerza esta tendencia: jornada continua, semana condensada, horarios flexibles, horario escalonado, teletrabajo, años sabáticos, contratos a tiempo parcial, etc. La falla social producida entre aumento de la productividad y aumento del desempleo incide en la misma tendencia. El progresivo retraso de la edad en la incorporación al mundo laboral de los jóvenes y el adelantamiento de procesos de jubilación de adultos completan el escenario de cambios. Sin embargo, no sólo el tiempo social se fragmenta, sino que además se genera un imparable proceso de aceleración de dicha realidad. El tiempo personal, de lo vivido, es un tiempo biológico y psicológico, en el que se produce una interiorización de las secuencias temporales percibidas. En gran medida, el protagonismo de este tiempo, frente al universal y social, es debido a las tendencias expuestas anteriormente. La flexibilización en las fórmulas de organización y distribución del tiempo acarrea la aparición de *presupuestos-tiempo*, modelos y estilos de vida segmentados.

Entramos en lo que Ruiz Olabuenaga adjetiva como *proceso de democratización* (Ruiz Olabuenaga, 1995: 1922) del tiempo, que deriva en un ocio *de tiempo cotidiano*. Cada persona lo utiliza en modo y manera, actividad y experiencias, espacios e intencionalidad distintas. Van a variar la intensidad y la distribución de las prácticas. Se desarrollarán actividades y experiencias propias de entre semana, otras con mayor frecuencia en fin de semana, otras reservadas a períodos vacacionales. En este proceso de evolución de un tiempo social a otro más personal, la interrelación entre

trabajo y ocio adquiere nuevas dimensiones. Los nuevos estilos de vida, acuñados por el creciente desarrollo del teletrabajo y la presencia de actividad laboral de naturaleza distinta a la tradicional de *cuellos azules y blancos*, confunden los límites anteriormente reconocibles. Pero, como apunta Castells, el tiempo de reloj de la vida cotidiana evoluciona hacia «*un tiempo inmediato de las redes informáticas*» (Castells, 1997: 506). Esta nueva categoría temporal ha sobrepasado los límites materiales de las redes tecnológicas para ir ocupando un papel social creciente, reconocible en el acelerado cambio de mentalidades que se está produciendo en esta última década.

Transformación del concepto espacio

Los profundos cambios producidos en la categoría tiempo arrastra a la categoría espacio. El tiempo se ha presurizado, se ha acelerado. Vivimos en una sensación permanente de estrés vital (Durán, 2007). El tiempo se nos escapa. No podemos dejar nada para mañana, ni siquiera para dentro de media hora, tenemos que estar permanentemente conectados. Todo esto, lógicamente, provoca algo que podríamos identificar como el *fast ocio* (Honoré, 2004), utilizando una analogía con el término *fast food*. Nos estamos acostumbrando a hacer productos digeribles. Tenemos buenos ejemplos en la televisión actual, donde se desarrollan contenidos, en ocasiones, con mensajes livianos y jocosos, y en otras, con mensajes de mayor calado y contenido, pero siempre administrados de modo ágil, conciso, breve.

Todo esto ha hecho también que el espacio se haya comprimido. Para la mayoría de los ciudadanos, aunque en menor grado para las personas con discapacidad o movilidad reducida, desplazarse es más sencillo que hace un par de décadas, aunque las periferias sigan siendo maltratadas en su conectividad y el desplazamiento *inter-periférico* tienda a pasar por el centro, en ese concepto radial, decimonónico de transporte y comunicación. Y no digamos nada, sobre la facilidad actual para acceder a otras partes del Mundo, gracias a los vuelos de bajo coste y otras opciones de transporte asequibles.

De igual modo nuestras realidades se comprimen. Contemplamos los *tsunamis*, las guerras, las hambrunas, los golpes de estado,... como si se estuvieran produciendo en el propio salón de casa. Cualquier acontecimiento mundial pasa a ser primer o segundo plato de la comida o la cena. Todo esto hace que vivamos en una telecomunicación constante. La comunicación es una realidad con la que convivimos cotidianamente y todo lo que no es conocido a través de los medios de comunicación no existe.

Estamos siendo permanentemente *transportados*, es decir, llevados a otro lugar, viviendo en lugares diferentes al que físicamente nos rodea. Pero, ¿cómo podemos digerir imágenes, información, catástrofes y tragedias humanas entre lentejas, filetes y yogures? Tan sólo un proceso de *adormecimiento o hiperbolización emocional* (Goleman, 1996) ha podido hacer-nos insensibles a tanto desastre a la hora de la mesa.

La accesibilidad, la comunicabilidad, la movilidad personal son demandas con las que convivimos cotidianamente en nuestras ciudades. Las personas viven, estudian, trabajan, compran o disfrutan de su ocio en espacios distintos. Espacios que pueden estar separados por metros o cientos de kilómetros, generando una pléyade de movimientos pendulares que se modifican a lo largo de la semana, fines de semana, puentes, períodos vacacionales,... Describiendo rutas e itinerarios personalizados y de gran complejidad, con momentos de gran intensidad y saturación en el uso de medios de transporte y vías de comunicación, junto a otros de manifiesta infrautilización. En ese escenario, es razonable que el responsable del teatro de un municipio de un área metropolitana espere que un ciudadano de otro municipio venga a su función de las ocho; de la misma manera que es esperable que la programación de un municipio refleje un porcentaje de ciudadanos de otro municipio; que los programadores de espectáculos abran su oferta a ciudadanos de procedencia amplia; que la oferta turístico-cultural espere contar con público de otros lugares del Continente o del Mundo. Todo ciudadano se convierte en potencial público visitante de ciudades que no son la suya propia.

Nuestro espacio se ha ido *deslocalizando*, fenómeno no sólo propio empresas sino también de los públicos del ocio. En este contexto, como intentando retener a la población y a la ciudadanía en nuestros lugares comunes, en el *espacio de los lugares* (Castells, 1997), las instituciones buscan denodadamente generar contenedores y eventos estrella a través de los cuales, a modo de nodos, a modo de conmutadores, de puntos fijos donde los flujos de *deslocalización* se crucen, los ciudadanos queden retenidos, como residentes, o atraídos, como visitantes, por una oferta de ocio atractiva.

El ocio interpretado como tiempo

El ocio como tiempo configura una de las tres aproximaciones tradicionales al fenómeno, junto a la visión del ocio como conjunto de actividades (ocupación, quehaceres, contenido, productos, espacios, consumo, capacidad de gasto,...) y como estado mental subjetivo (de libertad, descanso, diversión, juego, desarrollo, aburrimiento, servicio, placer, goce...).

Son numerosos los autores que, en el último siglo, se han referido al ocio como tiempo, pero quisiéramos destacar los enfoques fundamentales de la cuestión más repetitivos y reiterados. A finales del siglo XIX, en pleno proceso de generalización del fenómeno de la industrialización, Thorstein Veblen afirmaba: *«Ya se ha notado que el término ocio, tal como aquí se emplea, no comporta indolencia o quietud. Significa pasar el tiempo sin hacer nada productivo: por un sentido de indignidad del trabajo y como demostración de una capacidad pecuniaria que permite una vida de ociosidad»* (Veblen, 1899: 51). A mediados del siglo XX, en la década de los 50, superadas los dos conflictos bélicos mundiales y en pleno proceso de desarrollo de la sociedad del bienestar, Jean Fourastié se refería al ocio en los siguientes términos: *«El descanso no es, no es ya, un elemento secundario de la realidad humana. El empleo del tiempo libre es la piedra de toque de la personalidad. En la medida que aumente la duración de este tiempo libre, por la reducción de tiempos obligados, el descanso se convierte en un elemento esencial en la condición humana...»* (Fourastié, 1950: 168). En la década de los 60, en el contexto crítico hacia los logros pendientes, el sociólogo marxista Gianni Toti afirma: *«El tiempo libre es, o puede ser, una revolución. Una gran transformación humana se inició cuando los hombres empezaron a luchar, no solamente por salarios en dinero, sino también por salarios en tiempo. Desde ese momento la ecuación burguesa tiempo-dinero se ha revelado inaplicable. El tiempo es más que el dinero, vale más.»* (Toti, 1961: 45). En los ochenta, Iso-Ahola aporta su propia aproximación psicológica a la cuestión: *«El modo en que las cogniciones, sentimientos y conductas de un individuo son afectados por las cogniciones, sentimientos y conductas de otros, durante un período de tiempo que se designa de forma subjetiva como no obligado, libre u ocio... Estado mental subjetivo, experimentado en cierto grado cuando un individuo participa en actividades durante el tiempo libre o las horas de no trabajo.»* (Iso-Ahola, 1980: 75). A finales del siglo XX, Ian Henry, a modo de compendio de lo dicho hasta el momento, dice que *«el ocio es definido en términos de «tiempo residual» o por su «función», tradicionalmente en oposición al trabajo, en términos de «contenido», actividades de ocio, o como un «estado ideal de la mente».* (Henry, 1993: 56)

Todos ellos resultan un exponente de la evolución conceptual del ocio desde una aproximación al fenómeno como tiempo residual, consistente en un mero pasar el tiempo, hasta su consideración como un estado mental subjetivo, pasando por la necesidad, *«revolucionaria»* diría Toti, de aumentar su duración porque es *«más que el dinero»*.

El tránsito del siglo XX es el reflejo de un tiempo que se revaloriza, por la dificultad que plantea alcanzar ese estado ideal de la mente, contra-

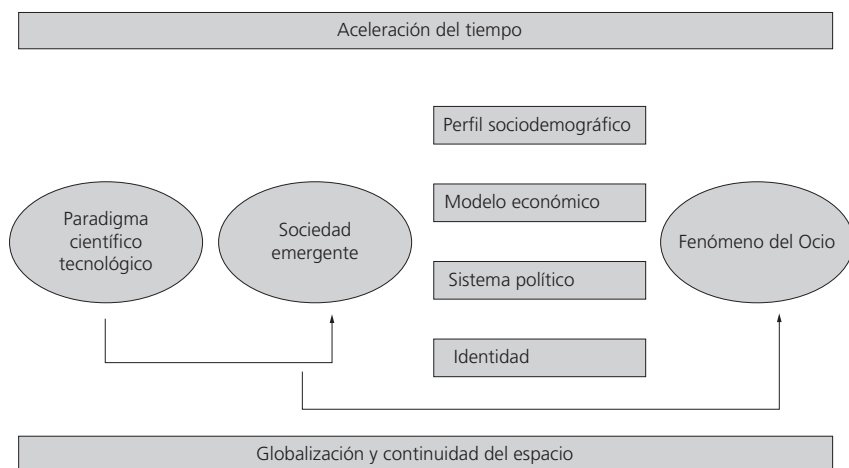
dictoriamente, en un contexto de reivindicación y disponibilidad creciente de tiempo de ocio.

El interés por la cantidad de tiempo disponible y por los usos del tiempo no es algo nuevo en el mundo de la investigación. Strumilin organizó, en 1924, la primera encuesta sobre los *presupuestos-tiempo*, realizada en Moscú. Pero es, a partir de los años sesenta, cuando se multiplican por todos los países de Occidente, con el objetivo de profundizar en el conocimiento de la organización del tiempo en la vida cotidiana de los ciudadanos. En 1966, el *Centro Europeo de Coordinación y Documentación en Ciencias Sociales* promueve el primer estudio de carácter internacional sobre el empleo del tiempo. Posteriormente, son muchos los organismos internacionales y estatales que realizan encuestas de esta naturaleza. En 1984, se celebra una conferencia internacional sobre el tema, en la ciudad de Helsinki. Una nueva reunión en La Haya, en 1985, supone un importante avance en la metodología común. En España, debemos esperar al año 1987 con la «*Encuesta sobre el uso del tiempo*» del CIS Centro de Investigaciones Sociológicas. En 1990 se publicó el estudio del INE Instituto Nacional de Estadística «*Encuesta sobre empleo del tiempo*», que se repetirá en el 2002-2003. En 1991, el CIRES publicó los resultados de la encuesta «*Uso del tiempo*» sobre los ritmos de más de un millar de ciudadanos españoles, completada por dos trabajos ulteriores: «*Familia y uso del tiempo*» (1993) y «*La vida cotidiana*» (1993). En el caso de la Comunidad Autónoma Vasca, contamos con la «*Encuesta de Presupuestos de Tiempo: el uso social del tiempo*», realizada por el EUSTAT Instituto Vasco de Estadística en los años 1993, 1998 y 2003.

Estas investigaciones posibilitarían la respuesta a una batería ingente de cuestiones relativas al tiempo: disponibilidad, distribución y dedicación. Desde el punto de vista del ocio nos interesa atender los procesos en curso, la distinta atribución de su función social y personal, que la mera enunciación descriptiva de los datos o su derivación en estilos de vida. De hecho todas las encuestas de *presupuesto-tiempo* han realizado ese primer esfuerzo de recopilación estadística, incorporando en algún caso un segundo interpretativo y de diagnóstico. Contamos además con un número significativo de trabajos de investigación que, a partir de los datos de encuestas sobre *time-budget* o sobre hábitos y comportamientos, han definido los estilos de vida actuales. En el caso de estilos de vida circunscritos al fenómeno del ocio, podemos subrayar las aportaciones de Haywood (1990), Goodale y Godbey (1988) y Leitner (1989). En el caso español, destacaríamos el capítulo 12 *Ocio y estilos de vida*, incluido en el V Informe FOESSA ya citado. En dicho informe J.A. Ruiz de Olabuenaga sintetiza los *estilos ociosos* presentes en la sociedad española de fin del siglo xx.

La aceleración del fenómeno del ocio

El final del siglo xx refleja la aceleración del tiempo y la configuración de un espacio global y continuo, como consecuencia del referido impacto del paradigma científico-tecnológico en los perfiles sociales, demográficos, económicos, políticos e identitarios emergentes. La aceleración del tiempo y la configuración del espacio global y continuo condicionan el presente del ocio como fenómeno social. De idéntica manera, el fenómeno del ocio participa en el proceso de aceleración, globalización y continuidad como agente activo.



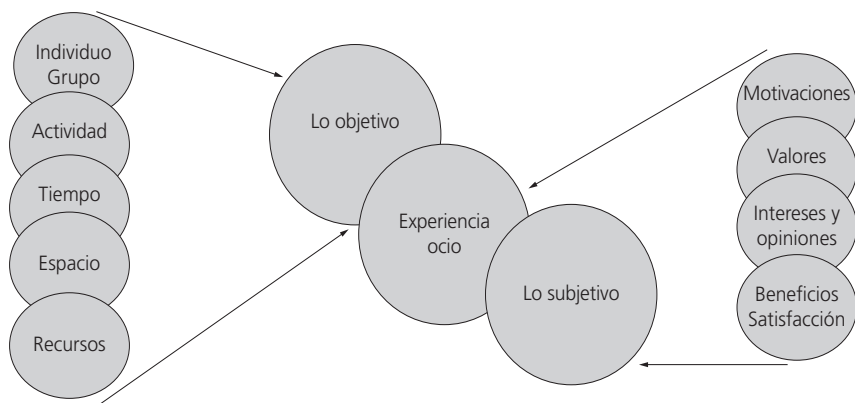
En este contexto han de entenderse algunos rasgos emergentes del fenómeno del ocio actual:

- La conquista de la noche para vivir el ocio.
- La conversión de todo el año en potencial tiempo de ocio, con la ruptura de los tiempos vacacionales estancos y generalizados.
- La diversificación de los horarios en las programaciones de la oferta de ocio, de acuerdo con la diversificación en la producción y en horario laboral.
- La reducción de tiempos *en cartelera* de productos, programas y servicios.
- La innovación permanente y el valor de *lo joven*.
- La menor duración de actividades, productos y eventos.

- La *deslocalización* de la oferta y la demanda.
- La *espectacularización* y la *emocionalización* de la vida en su conjunto y del ocio en particular.
- La incorporación de nuevos públicos: mujeres, inmigrantes, personas mayores, personas con discapacidad,...
- La crisis de los grandes relatos ideológicos de referencia.
- La *des-valor-ización*, la crisis de los valores, en la sociedad actual y, consecuentemente en el ocio.
- El desarrollo de un ocio de marcado carácter *new age*, en el que las identidades locales se entremezclan en una identidad global.

La persona ante la aceleración del ocio

Las experiencias personales de ocio se configuran a partir de un conjunto de magnitudes objetivas y subjetivas. Entre las primeras, de carácter objetivo, se encuentran individuo/grupo, actividad, tiempo espacio y recursos. Entre las segundas, de carácter subjetivo, se incluyen las motivaciones, valores, intereses y opiniones, beneficios y satisfacción.



Entre los aspectos objetivos en las experiencias personales de ocio, destaca la variable tiempo.

La observación de la Encuesta de Presupuestos Tiempo para los años 1993 y 2003, en el caso de los ciudadanos de la Comunidad Autónoma del País Vasco, nos aporta muchos elementos de reflexión. El tiempo medio diario dedicado al ocio se situaba en 5 h. 27' (1993) y en 4 h. 54' (2003),

con un descenso de 33' en la disponibilidad de tiempo de ocio, fruto de un mayor tiempo dedicado a los desplazamientos y a las actividades productivas. El tiempo disponible, en 2003, alcanza el máximo los domingos con 6 h. 52' y los sábados con 6 h. 6'. La media de los días laborables se reduce a 4 h. 11'.

Las diferencias de género que apuntábamos al comienzo de este artículo se concretan en los 45' menos de tiempo de ocio disponible de media para las mujeres (4h. 32') con respecto a los varones (5h. 17').

Respecto a la distribución del tiempo disponible, también se observan importantes diferencias. El 91,5% de los ciudadanos participan en actividades de ocio pasivo, frente a tan sólo el 59,75 en propuestas de ocio activo. El tiempo se distribuye: 37% del tiempo (2h. 5') dedicado a la televisión y otros medios audiovisuales; 25% a excursiones (1h. 23'); 9% en tiempo para la conversación (30'); 6% para la inactividad, el no hacer nada (19'); 4% en juegos, ordenador e internet (15'); 3% en actividades deportivas (10'); 2% en espectáculos de naturaleza distinta (5'); 1% en participación en asociaciones y grupos de naturaleza distinta (3'); y 13% en otras actividades de naturaleza diversa (44').

La aceleración del tiempo en las experiencias personales de ocio se refleja en una batería de rasgos que trasladan los perfiles de la aceleración genérica al devenir del ciudadano en sus tiempos de ocio:

- El valor del ocio activo nocturno en el marco de la conquista de la noche.
- Las vacaciones más cortas en duración, junto al aprovechamiento de otros períodos del año (navidades, semana santa, puentes y fines de semana) en el uso de todo el año como potencial tiempo de ocio.
- La diversificación de las jornadas laborales individuales reflejadas en la progresiva diversificación de horarios en la programación de ocio.
- El consumismo depredador de ocio en tiempos cortos respaldados por la reducción de los tiempos *en cartelera*.
- Lo nuevo en el ocio se convierte en un valor absoluto fruto de la veneración social por la innovación permanente y el valor absoluto de *lo joven*.
- El poco tiempo a invertir en relación con la menor duración de productos y eventos de ocio.
- El tiempo limitado en un espacio ilimitado para el disfrute del ocio, consecuencia de la *deslocalización* de oferta y demanda.
- La insensibilización ante la *espectacularización* y *emocionalización* hiperbólica del fenómeno del ocio en sus manifestaciones culturales, turísticas, deportivas o recreativas.

- La gran fragmentación y diversificación de la demanda con la incorporación de nuevos públicos.
- Un situacionismo individualizado en la vivencia del ocio ante la crisis de los grandes relatos y la *des-valor-ización* de la oferta de ocio.
- El desarrollo de identidades complejas, compartidas, en un entorno de ocio al gusto *new age*.

¿Cómo humanizar un ocio acelerado?

Decía Gandhi que «*en la vida hay algo más importante que incrementar su velocidad*», una reflexión que parece adelantarse en la respuesta a la cuestión que nos ocupa. Parece oportuno, por lo tanto, considerar la posibilidad de una propuesta alternativa al ocio acelerado. No puede ser una propuesta basada en un *neoludismo*, a modo de actualización de aquella corriente de pensamiento que se enfrentó violentamente a la presencia de las máquinas en el arranque de la industrialización, de marcado carácter anti-tecnológico. Se trata más bien de la reflexión en torno a una propuesta que reivindique un proceso de desaceleración *a tempo giusto*, compatible con una aplicación del paradigma científico-tecnológico pensado en sus implicaciones sociales.

Ante los profundos cambios sociales emergentes y el modo en que éstos condicionan el presente y futuro del ocio, se nos abre las puertas al trabajo en la generación de futuros ocios desacelerados en torno a dos propuestas bien definidas:

- Desde la espectacularización, buscando la complicidad de los nuevos soportes audiovisuales y digitales, en la lucha por los públicos, audiencias y usuarios, pero desde el gusto por la desaceleración.
- Desde la proximidad, transculturalidad y responsabilidad, generando ciudadanos que encuentren experiencias gratificantes, auténticas, memorables y significativas entre las ofertas de ocio.

En todo caso, en ambas estrategias, tendremos que abordar cuatro dimensiones:

- Lograr que los ciudadanos *deseen* acercarse al mundo del ocio como activos practicantes, usuarios o consumidores. Para ello hemos de trabajar la *forma de sentir*, como cúmulo de emociones que acompañan a la toma en consideración de toda oferta de ocio. Las actividades de ocio, vividas como experiencia, es el conjunto de sensaciones y percepciones, individuales y colectivas, que surgidas de la relación entre personas y grupos, acompañan a la elaboración racional de una

propuesta por parte de los agentes culturales, turísticos, deportivos y recreativos. Lo emocional pesa de un modo definitivo en la generación de públicos futuros. Lograr que los ciudadanos *piensen* en el ocio cómo factor de desarrollo personal y cohesión social. Teniendo en cuenta que el *modo de pensar* es la maduración de una idea de lo que entendemos es el sentido del ocio. ¿Para qué «sirve» participar de la oferta de ocio?. El ocio, como ideología, es la red de valores, conceptos, imágenes y propuestas que utilizamos para interpretar y comprender como funciona la sociedad: la actitud hacia el cambio social, la función de los diversos sectores, el modelo político, el desarrollo económico y el propio papel del ocio.

- Lograr que los ciudadanos *aprendan* a disfrutar del ocio. El *estilo de aprender* es el modo en que adquirimos y desarrollamos conocimientos y competencias (aprendizaje). El ocio, como aprendizaje, es el conjunto de procesos en torno a la experiencia, observación reflexiva, abstracción temática, aplicación y experimentación, evaluación del proceso y resultado que acompañan a la propuesta de ocio.
- Lograr que los ciudadanos *hagan*, como activos practicantes, como usuarios y como consumidores, el ocio. La *manera de hacer* es el conjunto de decisiones que el ciudadano adopta en relación al desarrollo de una u otra actividad, empleo del tiempo, uso de los espacios, inversión de los recursos, etc. en la toma de consideración de las propuestas de ocio.

Todo ello teniendo en cuenta los nuevos perfiles temporales, espaciales, sociales, demográficos, económicos, políticos e identitarios de la sociedad y los condicionantes en los que encuadra el ocio, en general, y la cultura, el deporte, el turismo y la recreación, en particular.

Bibliografía

- BAILLY, A. y BEGUIN, H. (1992). *Introducción a la Geografía Humana*. Barcelona: Masson.
- CASTELLS, M. (1997). *La Sociedad Red. La Era de la Información, vol. 1*. Madrid: Alianza.
- DURÁN, M.A. (2007). *El valor del tiempo*. Madrid: Espasa.
- FOURASTIÉ, J. (1950). *Machinisme et bien-etre*. Paris: Editions de Minuit.
- GARCÍA-DURÁN, R. (1969). «La jornada de trabajo en España». En PARANQUE, R., *La semana de treinta horas* (pp. 159-196). Barcelona: Redondo Editor.
- GOLEMAN, D. (1986). *Inteligencia emocional*. Barcelona: Kairós.
- GOODALE, Th. y GODBEY, G. (1988). *The Evolution of Leisure*. Philadelphia: Venture.

- HAYWOOD, L. (ed.) (1990). *Understanding Leisure*. Leckhampton: Stanley Thornes.
- HENRY, I.P. (1993). *The Politics of Leisure Policy*. Londres: MacMillan.
- HONORE, C. (2005). *Elogio de la lentitud*. Madrid: RBA.
- ISO-AHOLA, S.E. (1980). *The Social Psychology of Leisure and Recreation*. Dubuque: Brown & Benchmark.
- LEITNER, P.M. & S. (1989). *Leisure Enhancement*. Nueva York: Haworth Press.
- RUIZ OLABUENAGA, J.I. (1995). Ocio y estilos de vida. En Juárez, M. *V Informe sociológico sobre la situación social en España*. Madrid: Fundación FOESSA.
- TOTI, G. (1961). *Il tempo libero*. Roma: Ruiniti.
- VEBLEN, T. (1944). *Teoría de la clase ociosa*. México: Fondo de Cultura Económica. (edición original: *Theory of Leisure Class*, 1899)